

Jacinto Benavente



Los intereses creados

Edición de
Fernando Lázaro Carreter

Tanto el planteamiento teatral de *Los intereses creados* como el diseño de caracteres han sido manejados con una habilidad nada común. Quizá el mayor acierto de Benavente fue el de dar forma de farsa guiñolesca a su pieza y encuadrarla en la tradición de la *commedia dell'arte*. El acopio de fuentes literarias extranjeras y, sobre todo, españolas ha servido en este caso para crear una obra de carácter universal.

Índice de contenido

Cubierta

Los intereses creados

Introducción

Vida de Jacinto Benavente

Primeros años

Juventud

Autor dramático

El triunfo

Premio Nobel

Últimos años

Su obra

Fecundidad

Clasificación de su teatro

El teatro español, al aparecer Benavente

Benavente frente a Echegaray

Problemática

Importancia de su obra

Benavente y la literatura de su tiempo

Los intereses creados

Estreno y triunfo

Tema

Farsa guiñolesca

Fuentes

Los personajes

Estilo

Valoración

Nuestra edición

Una fuente segura de «Los intereses creados»

Bibliografía

Los intereses creados

Acto primero

Acto segundo

Sobre el autor

Notas

Introducción

Jacinto Benavente, por Ramón Casas.

Vida de Jacinto Benavente

Primeros años

«En Madrid, a 12 de agosto de 1866, entre domingo y lunes, esto es, de once y media a doce de la noche, me entré por el mundo, el menor de tres hermanos, varones los tres, nueve años mayor que yo el primogénito, y ocho el segundo». Con estas palabras inicia Jacinto Benavente sus memorias, que, por desgracia, se interrumpen en los umbrales de nuestro siglo^[1]. Las noticias que da del ambiente familiar (y teatral) en que transcurren su niñez y mocedad poseen evidente interés (menor, sin embargo, del que cabría esperar). Fueron sus padres el entonces famoso médico don Mariano Benavente (que unió a su celebridad de médico general la que le dio el ser «el médico de los niños», esto es, uno de los primeros pediatras que hubo en España) y doña Venancia Martínez. Fue bautizado en la parroquia de San Sebastián.

En este medio, acomodado y cordial, transcurrió su infancia. Manifestó tempranas aficiones a la lectura. Estudió primeras letras en el Colegio de San José, y el bachillerato, en el Instituto de San Isidro.

Juventud

A los dieciséis años comenzó la carrera de Leyes, en la Universidad de Madrid; pero no puso en ello demasiado entusiasmo. Su vocación era ya el teatro: lee y hasta compone obritas que representa con títeres que él mismo construye.

En 1885 muere el doctor Benavente, y su hijo Jacinto decide interrumpir los estudios; se transforma en un señorito, concurrente habitual de los salones aristocráticos y de los cafés bohemios, nocherniego y viajero. Su figura atildada, su elegancia mental y su ingenio se hacen notar pronto en las tertulias madrileñas. Conoce, además, de primera mano, la literatura extranjera, cosa nada habitual entonces. Y goza del prestigio que confieren la fortuna y el abolengo familiar. Ha compuesto ya su «caracterización» personal: tupé, bigotes de amplias guías (cosas ambas que irán reduciendo el tiempo y la moda), barbita puntiaguda y habano perpetuamente entre los dedos.

A los veinticuatro o veinticinco años, quizá un amor: la *Bella Géraldine*, trapecionista inglesa, le inspira versos, lo saca de sus casillas, y con ella y el circo recorre diversas provincias. Parece que, por entonces, el futuro autor había trabajado como actor en una compañía teatral. Y que formó una propia, en la que figuraba Géraldine. Benavente, sin embargo, negó siempre que entre él y la bella hubieran existido relaciones amorosas; confesó, incluso, que jamás se había enamorado. Recordando a Géraldine, aseguraba: «Aquella mujer no era capaz de sentir más pasión que la de su belleza... Era insensible como un plomo. Ni frívola siquiera»^[2]. Muchos años después, en 1922, volvió a encontrarla en América; allí murió, arruinada, aquella extraña musa de nuestro autor, en 1928.

Autor dramático

Su vocación de autor dramático estaba decidida; tras intentar abundantes veces el codiciado primer estreno, logra, por fin, que el famoso actor Emilio Mario le acepte una comedia, *El nido ajeno*, que es estrenada el 6 de octubre de 1894. La obra fracasó porque el público y la crítica fueron ciegos para comprender sus importantes novedades. El

cronista de *El Liberal*, por ejemplo, escribía: «*El nido ajeno* no aporta a la escena nada de lo que esta exige para su regeneración»; y el de *La Correspondencia de España*: «... la atención se ve casi siempre dominada por una languidez invencible, y por la monotonía de una situación que es la misma desde el principio hasta el fin»^[3]. Solo José Martínez Ruiz, el luego famoso «Azorín», sabrá valorar, desde las páginas de la revista *Alma española*, el mérito incuestionable de las comedias que constituyen la primera fase de Benavente.

Traba amistad por entonces con los grandes escritores que constituirán la llamada «generación del 98», cuyos ideales comparte en gran medida. Sin embargo, se abstuvo de firmar la protesta que, en 1905, y contra Echegaray, suscribieron los jóvenes escritores del momento («Azorín», Unamuno, Rubén Darío, Maeztu, Manuel y Antonio Machado, Grau, E. de Mesa, Valle-Inclán, Baraja, etc.), repudiando, en la persona del ingeniero-escritor, a cuantos «en la literatura, en el arte, en la política, representan una España pasada, muerta, corroída por los prejuicios y por las supercherías, salteada por caciques, explotada por una burocracia concusionaria, embaucada por falsas reputaciones literarias, traída y llevada falazmente de un lado a otro con artículos de periódico»^[4]. Aparte otras razones para justificar esta inhibición, y a las que luego aludiremos, hay una muy importante: una mínima delicadeza le impide atacar tan rudamente a quien, al fin y al cabo, es su colega en el arte dramático. Porque Benavente, tras su primera y fallida intentona, ha ido afirmando su pujante personalidad con obras como *Gente conocida*, *El marido de la Téllez*, *La comida de las fieras*, *Lo cursi*, *La gobernadora* y, sobre todo, *La noche del sábado* (1903) y *Rosas de otoño* (1905).

Su vida es tranquila, de escaso relieve, con el orden desordenado de las gentes de teatro: se despierta tarde, lee y escribe en la cama, asiste a ensayos, visita a actores y a actrices en sus camerinos, y se refugia en tertulias literarias.

Una de estas tenía lugar en el Café Madrid, y asistían a ella Valle-Inclán, Rubén Darío, Martínez Sierra, Ricardo Baroja y otros ingenios. Después se peleó con Valle, y formó peña aparte, en la Cervecería Inglesa, de la Carrera de San Jerónimo. «El autor teatral comprendió que había vendido un poco —tres cuartos— su alma al diablo y ya forma tertulia aparte de aquellos literatos puros que desprecian el éxito y solo aman lo problemático», ha comentado Gómez de la Serna, que no perdonó a Benavente, desde su pureza literaria, esta cesión de su talento a un arte que es, además, negocio^[5].

El triunfo

El estreno de *La noche del sábado* (1903) marca el comienzo de su apogeo como autor y de la rendida admiración del público, que se somete entusiasmado a sus fórmulas dramáticas. Se le tributan homenajes públicos, recorre en triunfo Hispanoamérica (1906) con la compañía Guerrero-Mendoza, y alcanza la consagración de genio nacional, en la estima multitudinaria, con el estreno de una serie de obras memorables: *Los intereses creados* (1907), *Señora Ama* (1908), *La malquerida* (1913), *La ciudad alegre y confiada* (1916)... El público lo saca del teatro materialmente en hombros, algunas noches de estreno. Y no es solo el público quien lo honra: la Real Academia Española lo llama para suceder a Menéndez Pelayo (1912) en su sillón de académico^[6]; y logra la aquiescencia de críticos tan difíciles como Unamuno^[7] y Ortega y Gasset^[8].

Al sobrevenir la guerra europea (1914-18), Benavente comete un error táctico: manifiesta que su simpatía está del lado de Alemania, lo cual le enajena, definitivamente en muchos casos, la de incontables intelectuales que habían tomado partido por los aliados. La gloria popular y las ga-

nancias que se le presumen empiezan, además, a hacerlo intolerable.

En 1918 es elegido diputado a Cortes por Madrid, afecto al partido de Maura. Su labor como diputado fue nula.

Premio Nobel

Su carrera triunfal continúa; es cierto que no todas sus obras son igualmente aplaudidas, pero el prestigio de que goza entre su público le permite sortear con fortuna esporádicos fracasos, duras arremetidas de la crítica periodística y desdenes de otros escritores famosos o que aspiran a serlo. Entre sus más agudos detractores figura el gran novelista y ensayista Ramón Pérez de Ayala; lo defiende, en cambio, con entusiasmo, un poeta ilustre, Manuel Machado, desde las columnas de *El Liberal*.

En 1922 muere su madre, por la que sentía veneración. Benavente decidido a no escribir más para el teatro, en vista de la creciente hostilidad que lo rodea por parte de críticos y escritores, marcha a América como director artístico de la compañía de Lola Membrives. Una noche, mientras esperan un empalme de trenes, en una pequeña estación, en la frontera entre Chile y Argentina, llega la noticia de que la Academia Sueca ha concedido a nuestro autor el Premio Nobel de Literatura, correspondiente a 1922.

Viaja después por Estados Unidos, pronuncia conferencias, y es nombrado hijo adoptivo de Nueva York. A su regreso a España (25 julio 1923) se suceden los homenajes con que el país celebra su triunfo. El rey le impone la Gran Cruz de Alfonso XIII; y abandona su propósito de no estrenar más obras teatrales.

Visitó después Egipto, Tierra Santa y el Oriente Medio. En 1929 pasa varios meses en Rusia. Su postura política resulta sumamente equívoca; da pasos hacia la izquierda, pero otras veces sus actitudes parecen reaccionarias. No está

dispuesto, como tantos espíritus superiores, a dejarse encastrar; y esto, en un medio tan virulentamente politizado como es el nuestro de aquellos años, resulta imperdonable. En 1932 estrena *Santa Rusia*, que promueve viva indignación en un sector de opinión; en 1935 irrita al otro con un discurso antirrepublicano, en Málaga.

Últimos años

La guerra civil española le sorprende en Barcelona. Se le respeta, continúa sus actividades teatrales, en Valencia, principalmente, y, como era natural, se le piden opiniones, declaraciones y *slogans* para la propaganda bélica. Benavente —se ha dicho que víctima del terror— proclama incesantemente su amor al pueblo y su odio al fascismo. Al entrar las tropas del general Aranda en Valencia, el 29 de marzo de 1939, se asoma con él al balcón del Ayuntamiento y, riendo y llorando, vitorea a España.

Reanuda en la posguerra sus estrenos, con alternante fortuna y escasa brillantez; recibe nuevas condecoraciones y es ya una «gloria nacional» un tanto desfasada. En 1945 marcha a Buenos Aires, donde pronuncia conferencias sobre arte y política. Su regreso a España es triunfal. En 1950 recibe la Medalla de Oro al Trabajo. Su ancianidad transcurre apacible, sin accidentes memorables. Los jóvenes se han desentendido de él casi por completo, y el número de sus devotos decrece incesantemente. Son, en realidad, penosos estos años en que el maestro se sobrevive y en los que, sin embargo, alumbra aún algunos frutos agudos de su ingenio. La muerte le sobrevino el 14 de julio de 1954. Sus restos recibieron sepultura, al día siguiente, en el cementerio de Galapagar.

Su obra

Fecundidad

La primera cualidad que asombra en Benavente es su fecundidad: escribió más de 160 obras teatrales, a las que deben sumarse otras de distinta naturaleza: *Versos* (1893), *Cartas de mujeres* (1893, 1901-02), comentarios de actualidad que recogió en libros titulados *De sobremesa* (1910-16), discursos, conferencias, crónicas... Tradujo, además, *El rey Lear*, de Shakespeare, y el *Don Juan*, de Molière, entre otras obras dramáticas de menor entidad.

Clasificación de su teatro

Admitiendo que la clasificación de las obras de cualquier autor es un simple expediente didáctico, al que no debe concedérsele más trascendencia, podemos adoptar las divisiones que del teatro benaventino hizo Eduardo Juliá^[9]. Apoyándose en los términos acuñados por Torres Naharro, establece la siguiente clasificación:

- | | | |
|--------------------------|---|--|
| Comedias
a noticia... | { | a) de costumbres rurales (<i>La malquerida</i>). |
| | | clase popular. (<i>Todos somos unos</i>). |
| | | b) de sátira social... aristocracia (<i>La gata de Angora</i>). |
| | | c) de caracteres (<i>El nido ajeno</i>). |
| | | d) bocetos o humorismos (<i>Sin querer</i>). |
| Comedias
a fantasía. | { | a) teatro infantil (<i>Y va de cuento...</i>). |
| | | b) teatro humorístico (<i>El susto de la condesa</i>). |
| | | c) teatro simbólico (<i>La noche del sábado</i>). |
| | | d) teatro psicológico (<i>Nieve en mayo</i>). |
| | | e) teatro patriótico (<i>La ciudad alegre y confiada</i>). |
| | | f) « <i>commedia dell'arte</i> » (<i>Los intereses creados</i>). |

La única ventaja de una clasificación de este tipo consiste en que comunica intuitivamente la variedad de temas, actitudes e intereses que atrajeron al dramaturgo. Pero tiene el grave inconveniente de que establece falsos compartimentos: lo satírico, lo costumbrista, lo humorístico, lo psicológico son en Benavente categorías trasversales, y pueden hallarse, simultáneamente realizadas, en casi todas sus obras.

Algún día habrá que acometer un estudio cronológico de nuestro autor, analizando el origen de sus elementos estructurales, su función en el drama, su desarrollo y su evolución...; y, a la vez, las circunstancias sociales, políticas y estéticas que, a lo largo de sesenta años de labor creadora, fueron estimulando y configurando su problemática teatral. Por desgracia, la obra de quien un día aún cercano fue la máxima gloria literaria de España no ha suscitado todavía una crítica digna de tal nombre. Se hace apología a propó-

sito de él, o reportaje, o se le somete a proceso desde supuestos confesionales y políticos. Está en esa zona indecisa en que, sin ser actual, no se ha convertido aún en pasto apetecible para eruditos y críticos solventes.

El teatro español, al aparecer Benavente

El monarca absoluto de la escena española, al surgir Benavente, es el ingeniero de Caminos y Premio Nobel de Literatura José Echegaray (1832-1916). Sus obras teatrales, muy influidas por lo más aparatoso y superficial de Ibsen — entre las que destacan *O locura o santidad* (1877), *El gran galeoto* (1881), *Mancha que limpia* (1895), *A fuerza de arrastrarse* (1905), etc.—, son las de un matemático que planea el drama como un problema de efecto. Parte siempre de la situación final, patética, exasperada, y luego inventa los precedentes que conducen a él, de ordinario extraños y anormales. Se trata de que el espectador se sienta sacudido múltiples veces por emociones violentas, aunque las situaciones no se justifiquen. Muchas de sus obras giran en torno a misteriosas cartas que narran horribles secretos. Y no pocas acaban en suicidio. Su tema preferido es el honor ultrajado y su venganza. Sus personajes suelen ser psicópatas, hiperestésicos y hasta degenerados, con lo que rinde tributo al naturalismo. Y los diálogos han de ser declamados a grito pelado, con muchas exclamaciones y patéticos lamentos. Todo oratorio, alucinante. Sus obras resultan una extraña combinación de positivismo moral y de romanticismo huracanado.

En un clima igualmente exaltado, siempre dentro de las pautas marcadas por Echegaray, escriben otros autores de menor entidad, aunque muy famosos en su época, como Eugenio Sellés (1844-1926), Leopoldo Cano (1844-1934), Pedro Novo y Colson (1846-1931) y José Feliú y Codina (1847-97). Frente a ellos, aunque con técnica y alardes se-